

SOL Y BARRO

Isabel Lazo de Droguett

Se había bajado del autobús hacia rato y había visto desaparecer el carruaje en una nubarrada de polvo y de sol. El ladrido de un perro muerto por el autobús en el camino repercutía todavía en sus oídos y se iba diluyendo en la polvareda, muriendo ahora definitivamente, pensaba, el pobrecito, un aullido de terror mezclado con el olor desagradable de la gasolina que rodaba en sus oídos, o más bien en su sangre, en los latidos de sus sienes, que golpeaba en sus narices junto con los gritos del chofer maldiciendo al animal, a los animales en general, a los choferes de los demás vehículos y a los pasajeros, también a mí, pensaba ella, todo eso mezclado con el rosario que desgranaba entre sus manos la viejecita que le había dicho que iba a Lo Espejo, y el olor ácido de la transpiración de aquel groserote, de ropa clara y pescuezo rojo y robusto, que la había estado empujando, golpeándola, asustándola y transformando su miedo, dejándola a merced de los vaivenes del camino, mientras la viejecita, ahí a su lado, aquí a mi lado, estaba diciendo amén en su rosario.

Se había bajado del autobús tan rápido, y tan aturdida, que de repente se quedó admirada, y empezaba otra vez a angustiarse, mirando la lejanía, sin darse cuenta, pero presintiendo que aquel groserote repleto de salud y de suficiencia iba todavía bamboleándose allá lejos, en medio del autobús que vibraba abriéndose como una coctelera. ¿Qué hacer? ¿Hacia dónde ir? ¿Por qué estaba allí? Aún no podía precisarlo, la duda era su única posibilidad ahora, y su pequeño miedo, sus pequeños recuerdos. ¿Qué hacer, pues, en medio de la soledad y de la tierra? A veces tiene ventajas ser una niñita chica, y si ella lo hubiera sido todavía, ya iría corriendo por la carretera, en busca de papá, en busca de mamá, por lo menos en busca de la tía Rosalía, que llegaba cargada de paquetes y de perfumes campesinos de Quillota. Se imaginaba a la tía Rosalía, más bien flaca, más bien risueña, menos en sus ojos, en sus ojos concentraba un dejo cuidado de tristeza, diría ella que de tranquilizada tristeza. Iría ahora mismo en el autobús, bamboleándose en el lugar de aquel grosero, ella tan ligera, tan liviana y tan divertida si un vaivén la echaba a la izquierda y otro a la derecha, esperando la próxima curva, el próximo delgado susto. Se detuvo y se quedó sonriendo. Tía, tía, tía Rosalía, tal vez el último soplo del olor de la gasolina dibujaba todavía a su querida tía en medio de la inmensa soledad. Pero la tía no estaba, la tía no está, murió hace diez, hace quince, hace dieciocho años, niña, está sola, completamente sola y ya no puedes hacer nada

extravagante como lo que se les está permitido a los niños. Los niños pueden hacer ciento y uno y uno más sin necesidad de estar bebidos y sin que se les considere locos o rayados: por su inconsciencia, por su saludable irresponsabilidad, los niños son la dulce embriaguez de la vida y la tierna locura del mundo, aunque el mundo no lo sepa, aunque le duelen y le sobran a veces y muchas veces al mundo los niños.

¿Por qué estaba ahí? Estaba ahí, precisamente, en medio de la tierra recalentada, que le recordada la harina tostada que veía comer a los chicos del arrabal cuando se alejaba del centro, quedaban meticulosamente pintarrajeados como pequeños tonis de un pequeño circo, se reían haciendo gestos manchados, se tornaban roncós, repletos, atorados, se atoraban, se deslumbaban avergonzados mientras ella pasaba silenciosa, mirándolos son mirarlos, echando un breve resplandor de muestrario de ciudad en sus tacones brillantes, en su falda plisada. Esos recuerdos estaban lejos ahora, ella, que los traía y los desparramaba en su memoria, aunque quería acompañarse con ellos y retenerlos, se sentía más sola, sabía que estaba cada vez más sola.

Estaba ahí, precisamente, en medio del camino, un largo camino hundido en el sopor de las tres de la tarde en el campo. Aquel groserote sudado y la tía Rosalía, iban solos bamboleándose en el autobús, y él, con un vaivén, con otro vaivén, había abrazado como por descuido a la tía y la tía se tornó furiosa y ella sintió la bofetada y el sonrojo. Sí, tenía calor, eso por lo menos lo sentía. Ya no estaba en su casa tampoco. Siempre estamos en una sola parte, pisando un determinado trocito de tierra, ocupando un breve espacio en la atmósfera, en la sosegada atmósfera. Ya no estaba en el autobús, por ejemplo. Diría que había estado viviendo en el autobús durante diez minutos. Había una vez una mujer joven, ligeramente bonita, que vivía sola en un autobús. Podríamos decir al lector que su vida en el autobús no fue muy larga ni llena de inolvidables acontecimientos, claro que alcanzó a conocer a algunos vecinos y a darse cuenta de que el espacio que tenía para vivir, o para tratar de vivir, era injustamente demasiado reducido. Entonces levantó la mano y se bajó en el próximo paradero. ¿No era eso? ¿Por qué no podían darse así las historias? ¿La de los famosos estadistas, la de los grandes artistas del teatro y del cine? Abraham Lincoln, por ejemplo, estuvo respirando durante unos minutos en un coche de punto antes de ser baleado. Sara Bernhardt, por ejemplo, estuvo viviendo toda una larga mañana, en una cuadra del barrio latino, cuando era pobre y desconocida y ahí iban esos pobres pies cansados y desconocidos midiendo la vereda, tornándose cada vez más nerviosos y abandonados. Claro que ella, ella misma, no era nada de famosa, su nombre jamás aparecería en los diarios. A no ser que... A no ser que después, un después todavía muy lejano, alguien, alguien bien determinado, tuviera la obligación, una obligación más que legal desaprensiva, de averiguar lo que ella, antiguamente, había estado haciendo aquella misma tarde. ¿Sabe? Puede verificarlo fácilmente si quiere, puede preguntarlo, si es preciso. Los choferes de autobús tienen muy buena memoria, lo recuerdan todo, por lo menos en sus ojos. Me subí exactamente en la esquina del Parque Forestal, frente a la plaza.

A esa hora no viaja mucha gente, pero nada me importaba. De todos modos, aunque hubiera más gente, yo estaba sola. Esto, esto que acabo de pensarlo, era el único dato importante que nunca sería consignado. A no ser que... Si seguían su rastro, si estuvieran siguiendo su rastro como se debiera. Después, mucho después, naturalmente, descubrirían el pequeño hueco de atmósfera que llenó su cuerpo, que aún conservaba la huella de su pie, el suave aroma del perfume francés que impregnaba de arriba abajo su cuerpo. Pero ya no estaba en el autobús Y, por lo tanto, había cercenado una valiosa pista, había cortado en dos su vida en cierto modo, pero al bajarse había dejado un lento hueco indudable, un vacío que demoraría unos cuantos minutos en desaparecer para siempre mientras el perfume que había emanado de su cuerpo no fuera tapado, mezclado y borroneado por aquel groserote derretido que venía a su lado y al que, indudablemente, había rayado con su dulzura, al menos con su silencio. ¿Cuándo fue que se murió la tía Rosalía? Le llamó la atención el inconmensurable silencio que llenaba la soledad del campo, que corría por el camino, verde abajo, azul arriba, en el que se encontraba. El camino era como un río de agua silenciosa que la estaba esperando, el silencio era el agua y ella formaba parte de ese silencio. A buscarlo había ido o había venido. Frente a ese enorme e inmóvil silencio que no la asustaba porque no era terrible, pensaba sensatamente que había salido de su casa y cogido el autobús para encontrar ese silencio que su cuerpo y su alma necesitaban, ese silencio que a ella le correspondía, porque el silencio significa la paz y la paz es el silencio y la guerra el ruido, todo el ruido, el de las casas rotas, el de la gente rota. Miraba el cielo azul y el campo verde y presentía que de ambos emergía, como una lenta y saludable evaporación, esa antigua y grandiosa soledad silenciosa que le apaciguaba los nervios y el pensamiento, ese silencio azul y verde que hacía tanto bien. Imagina que habría otros tonos de color, más intensos, más interiores, menos prescindibles, que el ojo humano no capta, que jamás podrá captar. Otros ruidos más subterráneos, mas sutiles, más solapados que el ojo, más silenciosos y contaminados que el oído simplemente inferior y primario, simplemente indiferente y tan seguro de sí, no recogía. Y al ponerse en actitud para coger otros ruidos, al sentir la presencia de su propio cuerpo y de su propio cansancio, echó lentamente a caminar y entonces sintió el rumor del agua. Era un rumor profundo y solemne, que sonaba apacible y poderoso más allá de los árboles, un rumor que se juntaba y deslizaba dentro del silencio, alimentándolo, empujándolo, socavándolo. Caminó hacia él, sin apurarse pues sabía que llegaría.

Fue entonces cuando notó la única presencia humana en el camino, un pequeño apagado y pobre que traía en sus manos un bolsón. Iba descalzo y venía, evidentemente, de la única vivienda, en realidad una choza, que se alzaba humildemente en el camino. El chico la miraba, hacía rato que la estaba mirando o admirando, ella lo adivinaba con ternura. Hacía rato que la estaba envidiando, una envidia apagada y pequeña como él, pero distinta a él, pues era ensoñada y majestuosa. Claro, yo soy la ciudad, pensaba ella, yo soy el ruido, mis zapatos son el resplandeciente ruido, el

de las luces, el de los carruajes, el de las fiestas, pobrecito querido. Podía ser un ángel, un ángel de la guarda, pensaba con piedad, y le miraba los ojitos tristes, por lo menos llenos de una curiosidad enferma. Se agachó un poco hacia él.

–Hijito, ¿vives cerca?

–Sí, en esa casa señorita, y le mostró la choza humilde y humillada como él, que se aparragaba a la vera del camino. Es su casa, pensó ella, mirando todavía en el recuerdo el gesto de la pobrecita creatura señalando el rancho. Su casa. Mi casa. Él sufre y no lo sabe. Su madre sufre y no lo sabe. Ahora quizás lo sepa, ahora que me ha visto y me ha mirado y me cree rica millonaria y, especialmente sin problemas. Problemas. Todo es problema en este mundo, criatura. ¿Vas ya a la escuela? Seguramente que ya vas a la escuela a aprender las palabras y los números. Todo es cuestión de palabras y de números en este mundo. Un hombre y una mujer dan por resultado una felicidad o una desgracia. Si restas uno de los números, si lo suprimes violentamente, el otro número se tiñe de color negro. La vida hace las sumas, la muerte las sustracciones.

–¿Tienes papá y mamá?

–Sí, señorita. Mi papá trabaja en la tierra del futre, que es bien güeno, nos da una docena de fruta todas las semanas.

–¿Y tu mamita?

–Mi mamá trabaja también en la casa de los patrones.

–¿Quién les hace la comida?

–Mi hermana, que es mayor que yo y ya no va a la escuela.

Ella le estaba sonriendo, él la miraba ávido, como esperando que de palabra en palabra se fuera acercando a su soledad, ya que no a su miseria. Sintióse señalada y culpable, abrió la cartera y le dio unas monedas. Él se ruborizó y no dio las gracias. Qué finura, pensaba, qué finura, se puso colorado. Y eso, ese detalle pequeñito y pobre era como un inesperado alivio para ella. Si se hubieran repetido detalles de esa naturaleza en su vida, mil detalles pequeñitos, diez mil detalles insólitos e insignificantes, cosas de loca o extravagante, seguramente ella no habría salido de su casa ahora, no habría cogido el autobús, no se habría acordado de la tía Rosalía, no se sentiría más desolada que antes. Pero contenta también, no podía negarlo, finalmente contenta, en paz consigo misma y con su soledad. Se llenó de arruguitas su carita enferma y se ruborizó el pobrecito. Luego de un rato estará contándoselo a su hermana. Mañana se lo contará a su padre y a su madre, es decir a su papá y a su mamá. En la tarde, mañana en la tarde, o el sábado, si encuentra al señor cura, se lo contará también y tal vez se ría un poquito, algo orgulloso, mientras va hablando. ¿Sabes Charo?, me encontré con una señorita. ¿Sabes mamá, sabes papá?... ¿Sabe, señor cura? La señorita me las dio. Estaba sentada en una piedra. Verdad, suspiró, si me hubiera sentado no me sentiría tan cansada, pero después de todo, ¿para qué tenía que estar descansada? Y siguió caminando, en busca del rumor del agua que adormecía más el silencio. Era un río, un canal ancho y profundo, con agua abundante, impetuosa, sucia y vertiginosa. Se sentó en una piedra, al

borde del canal y se sonrió, empezó a sonreírse. ¿Sabes Jimena? Estás sentada en una piedra, al borde mismo del canal. Has llegado al final de tu recorrido, pues. Y así miró que, lejos del canal, como a una cuadra de distancia, había una pequeña playita en la que se reflejaba el sol. El agua no parecía limpia, corría revuelta y turbia, pero ahí, en ella, se reflejaba el sol, como limpiando esa suciedad, como iluminando esa oscuridad. Dentro de toda la extensión del canal, el sol, aprisionado en un pequeñito e intenso trecho, alumbraba y embellecía lo feo, lo sucio, lo repugnante, lo oculto, derramando su luz exquisita encima del fango, sin limpiarlo, sin mancharse. Se arrodilló en la playita para mirar más cómodamente el sol mojado, se sentía embrujada, ligeramente olvidada de su cansancio, cada segundo se acercaba un poquito más hacia la luz fascinante y encantadora. Y, como lo hubiera hecho cuando era pequeña, cuando aún vivía la tía Rosalía, tendió sus dos manos hacia el sol tendido en el agua, quería cogerlo en sus manos, aprisionarlo para ella, llenarse las manos, y no solo las manos, de su calor y de su luz. Hundió más sus manos y solo encontró agua y no sol, agua sucia y barrosa donde ella había estado viendo la limpia y pura luz. Agua con barro, agua de barro, barro líquido que la salpicó con su suciedad helada y ahí no estaba el sol, ahí no había estado nunca el sol. Lo había mirado, pero no lo había tocado, estiró sus dedos para cogerlo y en ellos solo había lodo. Sintió entonces en el alma una depresión tan intensa que se levantó sobresaltada y creyó haber gritado. Se levantó rápidamente y caminó hacia el puente. Miró las aguas allá abajo y vio su sombra en ellas. Qué curioso era. Pasaba el torrente de agua negra y vertiginosa sobre su sombra y la sombra no se iba con ella, seguía ahí, sin ahogarse. Corrió al camino a buscar una ramita, regresó al puente y echó la rama al canal y la rama se hundía y se iba con el agua, la sombra se iba también, pero no se hundía, no se ahogaba. ¿Era solo una apariencia? ¿Cómo la vida? ¿Cómo la muerte? Tal vez tú te hundas en el agua, en la tierra, en el silencio, en el olvido, pero tu sombra estará todavía ahí, sentada en el camino, sentada en el recuerdo de esa criatura, mirando sonriente al párroco. ¿Sabe, señor cura? Me las dio una señorita que estuvo ahí, sentada en una piedra. Y mostraría en la palma las monedas que brillaban y no quería gastar. ¿Todo era, pues, solo apariencia? ¿La vida, la muerte? ¿Por qué venir a buscarla aquí? La muerte está en todas partes, como el aire. La estamos todo el tiempo respirando para mantenernos vivos. Se esconde en los sitios más inverosímiles y más domésticos. La cañería del gas, por ejemplo. Abres la llave y la muerte se escurre en un hilito azul para tocarte la vida. O va ahí en el agua, braceando lenta, abrazando ramas ahogadas, queriendo abrazar también la sombra, pero la sombra se escurre, se desliza, no se quiere hundir, no se quiere ahogar, quiere seguir viva, aunque la rama se muera. ¿Dónde iría el autobús? De repente le parecía que la tía Rosalía se acababa de bajar en esa polvareda del camino y que venía hacia ella. O que el niño la miraba todavía. Sí, tal vez la estuviera mirando, esperando que lo hiciera. Debe saber que lo voy a hacer. Debe ser un ángel disfrazado para trabajar

mejor. Y suavemente, apretando un poco los labios, se inclinó hacia el agua y cayó en ella, cerrando los ojos para buscar su sombra.